



En una extensa carta, Don Orione hablando de la Audiencia privada con el santo Padre al regreso de su labor en el terremoto de Messina, recuerda la misión que éste le encomendó al sur de Roma, para luego confiar un hecho que lo llenó de alegría: la profesión de sus votos perpetuos en manos del mismísimo Papa Pío X.



Tortona, Pentecostés de 1912.

(Carta confidencial dirigida a sus religiosos, alumnos y benefactores, después de la audiencia del 19 de abril de 1912 con el S. Padre Pío X)

Mis amados Hijos en Jesucristo

El 19 de abril de este año será un día de eterno recuerdo. Eran las 12 cuando fui conducido ante nuestro Santo Padre Pío X, en audiencia privada.

Estaba allí, de blanco y sonriente, en su oficina, de pie ante la mesa de trabajo, y me miraba con su mirada llena de ducísimo amor. Yo sentía una gran necesidad de postrarme a sus pies y escucharlo sobre muchas cosas, si bien lo había visto ya el jueves santo (4 de abril), cuando había conseguido escuchar la Misa y satisfacer un vivo deseo mío de recibir la Comunión pascual de sus manos veneradas.

Me arrodillé ante él con todo el amor de un hijo, besándole

afectuosísimamente el pie y la mano. El Papa se sentó y con toda su bondad de Padre quiso que me sentara al lado y que lo informara; con mucho afecto me pidió noticias muy detalladas sobre la naciente Congregación. También esta vez se dignó, como siempre, mostrar un amor especial hacia la Pequeña Obra de la Divina Providencia; y aquí también se ve la gran humildad del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo. Ante tanta afabilidad yo estaba muy confundido, pero pude referir lo que vosotros, queridos míos, hacéis con la ayuda de la Providencia de Señor; observé que el Santo Padre se conmovía grandemente y se interesaba por nuestra pequeñez – ¡amado Santo

“En Ti y solo por Ti...”

Padre!-, por nuestra nada, y sonreía a cada buena noticia, como quien escucha algo que le agrada y se alegra en Dios...

El Papa habló también de una obra muy importante y muy deseada por él, que debía realizarse en Roma, más allá de la Puerta de San Juan de Letrán, obra no sólo de culto, sino de un trabajo práctico de formación cristiana para la juventud y para el bien religioso, moral y civil de toda una considerable población. Saliendo de la Puerta de San Juan, no existía, hasta pocos años atrás, ninguna iglesia abierta al culto, mientras la población crecía cada día más; hoy llega tal vez a diez mil habitantes. Por casi dos kilómetros la Via Appia Nuova está flanqueada por casas-quintas y hosterías, casas populares y algunos edificios que son verdaderos viveros humanos.

Un día –el 9 de diciembre de 1906–, el S. Padre me dijo: “¿Sabes que más allá de

“

“En esos santos momentos, viendo la gran confianza del Santo Padre, su paterna y divina caridad hacia la Pequeña Obra, osé pedirle una gracia grandísima.

Y el Santo Padre, sonriendo, me dijo: “Veamos cuál es esa grandísima gracia”.

Entonces le dije... debiendo hacer los votos religiosos perpetuos, le rogaba que se dignara, en su caridad, recibirlos en sus manos, siendo y queriendo ser este Instituto todo amor y totalmente del Papa.

Y el S. Padre me dijo enseguida y con mucho gusto que sí, nunca podré decir con cuánto consuelo para mi alma. Le agradecí y la Audiencia continuó...”

”

Puerta de San Juan se está como en la Patagonia? Muchos son cristianos porque los llevaron a bautizar a San Juan de Letrán, pero por lo demás está todo por hacerse”.

Algún tiempo antes, un Arzobispo de América había llamado a la Pequeña Obra de la Divina Providencia al Brasil para confiarle una inmensa zona para evangelizar. El Señor permitió que entonces no se fuera allí, y ahora el Santo Padre encomendaba a nuestra misión las mismas Puertas de Roma y, después del terremoto, el otro trabajo que ya conocéis.

Por la benevolencia y con la ayuda de Su Eminencia Revma. el Señor Cardenal Respighi, vicario de Su Santidad, y del Revmo. Mons. Faberi, asesor del Vicariato, se pudo alquilar un local a un kilómetro de la Puerta. Una doble caballería fue limpiada y, transformada en iglesia provisoria, fue abierta al público. Se empezó con los ejercicios espirituales, que en un comienzo fueron molestados por algunos malintencionados, quienes, por espíritu sectario, no querían ver a los sacerdotes; hoy hay allí cuatro sacerdotes que trabajan, pero no pueden hacerlo todo, y otros obreros evangélicos, llenos de buena voluntad y de salud, se están preparando para ir a ampliar el trabajo de ellos. Durante el año, se administran ya entre diez y doce mil Comuniones, que forman el fondo espiritual de otro trabajo que se hará; se constituyo un Círculo Juvenil, la Compañía de los Luises, la floreciente Unión de las Madres Cristianas y se publica un boletín quincenal, “La Cruz”.

“En Ti y solo por Ti...”

Ahora surgirá allí, por la munificencia del S. Padre, una hermosa iglesia que será parroquia; un día le pregunté cómo deseaba que se llamara y él dijo: “Que se llame de Todos los Santos”.

Me parece que la Divina Providencia se dignará hacer surgir junto a la iglesia un gran Oratorio popular en bien de la juventud, tan insidiada en la fe y en las buenas costumbres; y anexas estarán las obras parroquiales, especialmente para los padres de familia y para las organizaciones obreras cristianas; se abrirán escuelas vespertinas y de religión; habrá biblioteca popular, un teatrillo, un buen cine y cuanto se necesita hoy para hacer un poco de bien para salvar las almas...

Y aquí, queridísimos hermanos míos en el Señor, ex alumnos y óptimos benefactores de nuestros huérfanos, que siempre me habéis ayudado con tanta caridad de corazón y de obras, aun en los momentos de mayores angustias y dificultades, no debo callar un hecho de capital importancia, memorable para la vida y el porvenir de la pequeña Congregación del cual se puede decir que es el solemne nacimiento de ésta.

Como ya lo fue para mí, también a todos vosotros –que amáis a la Divina Providencia o habéis crecido entre sus brazos maternales o la servís y socorréis en sus niños pobres o abandonados– os resultará de inmenso e insuperable gozo, si bien en el momento de hablar de esto casi tengo vergüenza, porque sé bien qué miserable soy y siento todavía que tengo que humillarme delante de Nuestro Señor y de nuestra Santísima

Madre por tan insigne favor; y mientras agradezco siempre la bondad de Dios y del Santo Padre, me siento impulsado a exclamar: ¡el Señor, el Señor lo hizo, y es cosa admirable a nuestros ojos!

En esos santos momentos, viendo la gran confianza del Santo Padre, su paterna y divina caridad hacia la Pequeña Obra, osé pedirle una gracia grandísima.

Y el Santo Padre, sonriendo, me dijo: “Veamos cuál es esa grandísima gracia”.

Entonces le dije humildemente que fin primero y fundamental de nuestro Instituto era dirigir todos nuestros pensamientos y nuestras acciones al incremento y a la gloria de la Iglesia, a difundir y establecer primero en nuestros corazones y luego en el de los pequeños el amor al Vicario de Jesucristo; por eso, debiendo hacer los

“

“Cuando estaba por terminar, pregunté a Su Santidad cuándo debía volver para los santos votos. Y nuestro Santo Padre me respondió: “Puede ser ahora mismo”...

¡Dios mío! ¡Qué momento fue aquél!

Me puse de rodillas ante el Santo Padre, le abracé y le besé los pies benditos; saqué del bolsillo un librito que había llevado conmigo, presintiendo la gracia, y que los pequeños Hijos de la Divina Providencia conocerán; lo abrí donde estaba la fórmula de los santos votos y donde ya había puesto una señal.”

”

“En Ti y solo por Ti...”

votos religiosos perpetuos, le rogaba que se dignara, en su caridad, recibirlos en sus manos, siendo y queriendo ser este Instituto todo amor y totalmente del Papa.

Y el S. Padre me dijo enseguida y con mucho gusto que sí, nunca podré decir con cuánto consuelo para mi alma. Le agradecí y la Audiencia continuó. Cuando estaba por terminar, pregunté a Su Santidad cuándo debía volver para los santos votos. Y nuestro Santo Padre me respondió: “Puede ser ahora mismo”...

¡Dios mío! ¡Qué momento fue aquél!

Me puse de rodillas ante el Santo Padre, le abrace y le besé los pies benditos; saqué del bolsillo un librito que había llevado conmigo, presintiendo la gracia, y que los pequeños Hijos de la Divina Providencia conocerán; lo abrí donde estaba la fórmula de los santos votos y donde ya había puesto una señal.

Pero en aquel momento tan solemne y santo, recordé que según las normas canónicas se necesitaban dos testigos, y los testigos no estaban, puesto que la Audiencia era privada.

Entonces levanté los ojos al S. Padre y me animé a decirle: Padre Santo, como Vuestra Santidad sabe se necesitarían dos testigos, a no ser que Vuestra Santidad se digne dispensar. Y el Papa, mirándome con mucha dulzura y con una sonrisa celestial en los labios, me dijo: Serán Testigos mi Ángel custodio y el tuyo.

¡Qué felicidad de Paraíso! Amado Jesús; ¡cómo me has confundido por ese poco

de amor que, por tu gracia, te tengo a Ti y a tu dulce Vicario en la tierra! ¡Bendito seas eternamente, Señor mío, bendito seas eternamente!

Postrado a los pies del S. Padre Pío X como a los pies mismos de Nuestro Señor Jesucristo, en presencia de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, habiendo invocado a mi dulce y Beatísima Madre nuestra, la Ssma. Virgen María, Inmaculada Madre de Dios, al glorioso San Miguel Arcángel, a mi amadísimo San José y a los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y a todos los Santos y a todos los Ángeles del Cielo, emití mis votos religiosos perpetuos y una especial y solemne promesa: un explícito y verdadero juramento de amor hasta mi consumación y de fidelidad eterna a los pies y en las manos del Vicario de Cristo. ¡Y dos Ángeles eran testigos, y uno era el de nuestro Santo Padre!

Me incliné profundamente hasta el suelo, mientras el Papa extendía su mano sobre mi pobre cabeza para bendecirme; yo sentía que la Bendición Apostólica descendía y me envolvía completamente por dentro y por fuera, como si Dios viniera a mí, mientras la voz suavísima y santa del Papa continuaba la grande, tan consoladora y amplísima bendición.

¡Oh Señor, qué bueno sois, amado Señor! ¡Todo sea a vuestro honor y gloria! ¡Bendito sea el Señor todos los días!..

Antes de salir de la Audiencia, agradecí a Su Santidad con toda el alma y le afirmé que, con la ayuda del Señor, siempre rezaríamos por él y por la Santa

“En Ti y solo por Ti...”

Iglesia, que estaríamos siempre con él. Le pedí una gran bendición, grande como es grande su corazón, como es el corazón de Dios, no sólo para mí, sino también para todos vosotros, sacerdotes, ermitaños, clérigos y coadjutores; para vosotros, queridos y pequeños trabajadores de nuestras Colonias agrícolas; para vosotros, mis siempre inolvidables y queridísimos ex alumnos de todas las Casas. Y el Papa bendijo a todos, con gran ternura.

Debo confesaros que entonces el S. Padre se adelantó y me sacó casi las palabras de la boca, acordándose de vosotros, mis benefactores y piadosas y generosas benefactoras nuestras. Me dijo que les llevara su bendición, y os puedo asegurar que se dignó detenerse hablando de vosotros y de todos los nuestros con particularísima benevolencia. Con suave efusión bendijo todas las obras emprendidas por nosotros y a todas las familias nuestras y vuestras.

“

“Pero en aquel momento tan solemne y santo, recordé que según las normas canónicas se necesitaban dos testigos, y los testigos no estaban, puesto que la Audiencia era privada. Entonces levanté los ojos al S. Padre y me animé a decirle: Padre Santo, como Vuestra Santidad sabe se necesitarían dos testigos, a no ser que Vuestra Santidad se digne dispensar. Y el Papa, mirándome con mucha dulzura y con una sonrisa celestial en los labios, me dijo: Serán Testigos mi Ángel custodio y el tuyo.

¡Qué felicidad de Paraíso! Amado Jesús; ¡cómo me has confundido por ese poco de amor que, por tu gracia, te tengo a Ti y a tu dulce Vicario en la tierra! ¡Bendito seas eternamente, Señor mío, bendito seas eternamente!”

”

Por lo tanto, comunico a todos la más amplia y consoladora Bendición Apostólica, exhortándoos a rezar fervientemente por el Vicario de Jesucristo y por su preciosa conservación. El S. Padre Pío X será siempre nuestro sumo Benefactor.

Quise besarle el sagrado pie y la mano por mí y por vosotros, y con ese acto renové en mi corazón por mí y por todos los de la Providencia, nuestro gran juramento de fidelidad al Papa, de adhesión al Papa, de estar, con la ayuda del Señor, siempre a los pies del Papa, pequeños y humildes; de escucharlo, como si hablase Dios; de seguirlo siempre, como debemos seguir cada día a Dios; de defender hasta la muerte la libertad, la independencia plena y efectiva de la S. Iglesia de Dios: todos sus derechos, sus Obispos y su Jefe visible, el Padre de nuestra Fe y de nuestras almas, ¡el Papa!

Y cuando levanté la cabeza de la mano del S. Padre, ésta tal vez le quedó mojada por alguna lágrima suave y dulcísima. Así, con el alma desbordante de gozo espiritual y recitando más de un Te Deum, bajé y cuando salí del Vaticano fui a San Pedro a cantar himnos y acciones de gracia a la infinita misericordia del Señor Haec dies quam fecit Dominus: exultemus et laetemur in ea!

Me parecía que también nuestros queridísimos e inolvidables hermanos – consumados de amor dulcísimo por el Papa, por la Madre Iglesia y por las almas en esta Obra de la Divina Providencia y que nos han precedido, como pequeños corderos de Dios, en la Patria celestial, donde esperaremos que

“En Ti y solo por Ti...”

estén— estaban allá a mi alrededor, alrededor de la tumba de S. Pedro, exultando junto con su pobre padre. Y que estaban sus ángeles y sus santos con vuestros ángeles y vuestros santos, queridos hijos míos. Y que los dos testigos angelicales estaban allá con los ángeles de todos nuestros huérfanos y alumnos. Y que todos los santos y beatos protectores nuestros, de las Casas y de la Congregación, y la misma Bienaventurada Madre de la Divina Providencia se habían dignado bajar con el coro de las santas vírgenes y mártires para glorificar al Señor...

Cuando me levanté de los pies benditos del Papa y alcé la mirada hacia él, vi que la fe en el triunfo y en la paz de la Iglesia, a la que antes hice mención, iluminaba, diría que visiblemente, su frente serena y blanca y toda su blanca y augusta persona.

Vuestro afmo. en el Señor
Sac. Luis Orione de la Divina
Providencia

